

Lectura negra de *Huesos en el desierto*

Milagros Ezquerro (Université Paris-Sorbonne)

En homenaje fraternal al pueblo mexicano.

Ciudad Juárez, estado de Chihuahua, en la frontera noroeste de México, es el reflejo invertido de la ciudad frontera de El Paso, estado de Texas (USA), al otro lado del Río Bravo o Río Grande. El río frontera, cruzado tantas veces por los mexicanos pobres candidatos al paraíso, es también un Aqueronte para los que matan los guardas frontera estadounidenses, o un espejismo para los que consiguen pasar y se encuentran de clandestinos sin recursos, a la merced de los traficantes de toda calaña. Juárez es la gemela Cenicienta, entregada a la miseria, a la explotación, al narcotráfico, a la corrupción, a la violencia extrema. Desde que México negoció con Estados Unidos y Canadá el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, firmado en 1992 y aplicado a partir del 1 de enero de 1994, se afincaron en la zona fronteriza numerosas empresas multinacionales, las “maquiladoras”, que aprovechan la existencia de una considerable reserva de mano de obra poco calificada y pagada miserablemente, constituida en mayoría de mujeres jóvenes. La presencia en esta ciudad de los carteles del narcotráfico es muy antigua a causa de la proximidad del mercado consumidor de Estados Unidos, sin embargo ha aumentado de modo exponencial con el crecimiento de la población: ésta pasaba de los 1.300.000 habitantes en 2005. La otra causa es el aumento muy importante del consumo interno de drogas duras por los propios mexicanos. La presencia de los carteles más potentes del país significa, naturalmente, abundancia de dinero sucio, industria de “lavado de dinero”, corrupción en todos los estamentos de la sociedad, en particular de los policías, de la justicia y de los políticos. Sólo una cifra: “En 2003, la transferencia de dinero a México por operaciones de procedencia ilícita importó 24 mil millones de dólares” (González 2002: IV).

A este cuadro, ya poco risueño, de las características de Juárez ha venido a sumarse, desde 1993, una increíble serie de crímenes sexuales y sádicos cuyas víctimas son mujeres jóvenes, adolescentes e incluso niñas. Escenarios macabros, de una violencia siempre renovada a lo largo de estos diecisiete años, son en cierta medida el broche de oro de una criminalidad multiforme que hace de esta zona y de esta ciudad el territorio más peligroso del mundo, particularmente para las mujeres.

A estas alturas sería grato poder decir: lo que acabo de narrar es el argumento de una novela negra, o de una novela de anticipación que describe una anti-utopía, un lugar infernal donde se hubiesen desarrollado de modo exorbitante los gérmenes de una sociedad en perdición. Pero sabemos hace

mucho que la realidad puede rivalizar con las pesadillas más atroces, con los escenarios más horribles, sin tener en cuenta la verosimilitud. La indignación provocada por los crímenes repetidos, perpetrados preferentemente contra jóvenes obreras de las maquilas donde trabajan día y noche mujeres que buscan un magro salario para sobrevivir, atrajo la atención de los medios de comunicación nacionales, y fueron ordenadas varias encuestas y pesquisas. Dos periodistas mexicanos, particularmente valientes y obstinados, hicieron cada uno una larga y minuciosa encuesta que dio lugar a dos libros. El primero, por orden cronológico, es el de Víctor Ronquillo, *Las muertas de Juárez, crónica de una larga pesadilla*, publicado en México en 1999, y luego en España en 2004 (Ronquillo 2004). El segundo es el de Sergio González Rodríguez, *Huesos en el desierto*, publicado en 2002 y cuya tercera edición de 2005 contiene un nuevo prólogo y un nuevo postfacio muy interesantes. De éste hablaremos. Conviene, de entrada, subrayar el valor de estos ciudadanos que, poniendo en peligro sus vidas y la de sus familias, llevan adelante durante años una encuesta agotadora y dolorosa, que se hace cada día más necesaria para poner de manifiesto la increíble maraña que transforma lo que en un principio era un suceso criminal particularmente horrible, en un asunto de política nacional, e incluso peor, en un laboratorio de las derivas -y quizás del porvenir- de nuestra sociedad globalizada.

Un puzzle textual

¿Cómo definir *Huesos en el desierto*? No es una novela, pues relata hechos que se han realizado en lugares que pertenecen a la geografía mexicana, en fechas precisas, que conciernen personas reales: en términos anglosajones podemos decir que es una no-ficción. En la edición española de Anagrama, la tapa menciona la colección “crónicas” que nos remite a un género híbrido, medio periodístico medio literario, que tiene sus letras de nobleza en México donde grandes escritores, como Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, cultivan la crónica con el mismo talento y la misma calidad de escritura que la novela, los cuentos o la poesía. Efectivamente, la crónica mexicana se reivindica no sólo como encuestas, documentos y testimonios acerca de un acontecimiento o una serie de acontecimientos particularmente importantes, escandalosos o significativos para la sociedad en su conjunto, sino también como obra literaria. He aquí lo que dice Sergio González Rodríguez en el prólogo a la tercera edición hablando de la narración “como un modelo de argumentación ético y moral”:

Allí estaría también el sentido literario que persigue *Huesos en el desierto*. Cada parte descrita se vierte en la totalidad, y la crónica se alterna

con el ensayo. A su vez, el testimonio de las víctimas o sobre ellas fundamenta el análisis, y la intuición o el dato busca transformarse en un detalle reflexivo hacia un entendimiento de la literatura en la que lo real es trágico (González 2002: VI).

La obra presenta una estructura fragmentaria ya que viene compuesta de un acopio de piezas de naturaleza diferente: descripciones minuciosas de los cuerpos de las mujeres asesinadas, hechas a partir de las fichas de policía, transcripciones de testimonios orales recogidos por el autor, observaciones en el terreno de los delitos, compendios históricos de los crímenes, pero también de las circunstancias políticas nacionales y locales donde se han desarrollado los actos delictuosos, descripciones de personas implicadas en la vida social de la ciudad, en particular el medio de los narcotraficantes, de los burdeles, de las cantinas y cabarets de Juárez. Todo esto se inserta en un tejido narrativo donde la reflexión, el análisis y la interpretación son fundamentales, pues no se trata sólo de narrar una serie de crímenes particularmente odiosos, sino también de tratar de entender el origen, los motivos, la implicación de ciertos medios, la pasividad o la complicidad de la policía y de la justicia, el rol de los políticos, desde los responsables locales hasta la cúpula del estado federal.

La materia narrativa es, por el contrario, compacta. Tenemos una serie criminal muy larga: los primeros cuerpos fueron descubiertos a partir de 1993 y estos macabros descubrimientos no han cesado desde entonces, si bien es verdad que la escenificación de la exposición de los cadáveres ha evolucionado con el tiempo. El número de víctimas varía según las fuentes: en 2003, al cabo de diez años, un grupo de expertos de la ONU dio como resultado de su encuesta la cifra de 328 mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Entre 2003 y 2005, fecha del prólogo de la tercera edición del libro, desaparecieron más mujeres, incluso niñas de 7 o 10 años de edad. Algunos cuerpos han sido encontrados, otros no. Los investigadores han descubierto que los asesinos recurren ahora a otros métodos para deshacerse de los restos de sus víctimas: por ejemplo, los trocean y los echan de comer a los cerdos en una granja, según información de un funcionario del FBI de El Paso (Texas).

El carácter exorbitante de la materia narrativa no consiste sólo en la cantidad de crímenes perpetrados, ni en la duración excepcional de la serie, sino que se debe también —y quizás sobretudo— a la respuesta de las autoridades, significativa del estado de podredumbre del aparato administrativo, policial, judicial y político de México. El juicio del autor es tajante:

A lo largo de los años, el gobierno mexicano ha protegido a los asesinos

y a quienes los patrocinan cuantas veces ha sido necesario. *Huesos en el desierto* lo demuestra.

Las autoridades de Chihuahua, a quienes por ley corresponde enfrentar en primer orden estos hechos, han escenificado un permanente teatro de simulaciones. Con la complicidad de algunos jueces locales, han recurrido a la invención de culpables para ‘resolver’ sin pesquisa alguna los casos.

Estas autoridades han hostigado también a grupos civiles que defienden a las víctimas de la violencia extrema en Ciudad Juárez (González 2002: II).

Huelga decir que Sergio González vive bajo amenaza de muerte desde todos estos años. Muchos otros periodistas e investigadores han sido asesinados o secuestrados en el mismo tiempo. Por eso el prólogo de 2005 se termina con estas palabras:

En México, es muy peligroso indagar los nexos del poder político y el crimen organizado, pero no tanto como el hecho de ser una mujer y vivir en una sociedad que, día tras día, descubre cuánto su rostro tiende a multiplicar en otras partes la desolación de Ciudad Juárez (González 2002: VI).

Lo que me interesa realmente en este puzzle narrativo, no es la trama policial, sin embargo excepcional, ni los aspectos antropológicos y sociales, sin embargo fuera de lo común. Lo que me parece merecer toda nuestra atención, es el carácter emblemático de esta situación, que dura desde hace 18 años sin dar la menor señal de agotarse: ¿será Ciudad Juárez la sombra proyectada de nuestro mundo futuro, el laboratorio del porvenir de nuestra sociedad globalizada?

La globalización en el espejo

Todo pasa como si ese lugar, esa época y los acontecimientos que allí se han desarrollado y continúan haciéndolo, por un extraño juego de espejos cóncavos, construyeran la imagen de una isla que podría llamarse “Distopía”. La concentración de elementos disfóricos es apabullante.

1) El primero de esos elementos es la situación geo-estratégica de la ciudad fronteriza, antiguamente llamada Paso del Norte. Desde la segunda mitad del siglo XIX, ha sido territorio de emigraciones, de tránsito, de contrabando y en consecuencia de violencia más o menos aguda. Pero, en la segunda mitad del siglo XX, la ciudad ha sido invadida por modelos multinacionales de producción industrial con tecnologías avanzadas, y, en el mismo tiempo, se volvió placa giratoria del narcotráfico. Naturalmente,

esta evolución viene condicionada por la presencia y las características del poderoso vecino, o sea por la asimetría del desarrollo de los dos países que se contemplan en ambas márgenes del Río Bravo. Aquí es donde quiero introducir la noción de “zona de contactos” para diferenciarla de la noción de “frontera”, si bien es verdad que en este caso Ciudad Juárez es a la vez ciudad fronteriza y zona de contactos. Por ejemplo, un gran puerto, marítimo o fluvial, puede ser zona de contactos, aunque no sea fronterizo. La noción de zona de contactos pone el acento en la variedad y la intensidad de los intercambios de toda índole que se verifican en la zona, y que pueden acarrear consecuencias considerables. En la medida en que hay tal diferencia de nivel de vida entre ambos lados, los mexicanos siempre han sido candidatos a la emigración hacia Estados Unidos, aun con peligro de muerte, mientras que los estadounidenses han considerado Ciudad Juárez como un lugar de diversión, o incluso de libertinaje y desenfreno. Así, durante el periodo de la Prohibición en Estados Unidos (1919-1933) la ciudad acogió con benevolencia a los ciudadanos estadounidenses que huían de las restricciones, y acogió a la vez el crimen organizado ya muy floreciente en la época. En los años sesenta, el gobierno federal lanzó dos programas para industrializar la frontera, abriendo así la vía a la industria de la maquila, de esas fábricas con capital extranjero adonde llegan piezas que son ensambladas por una mano de obra local muy mal pagada, y cuyos productos terminados vuelven al extranjero para consumo.

2) Ciudad Juárez se resiente, como es natural, de la asimetría económica: su población ha aumentado de manera exponencial a causa del atractivo de la abundancia del trabajo (en comparación con el resto de México), pero las infraestructuras urbanas son muy deficientes, la ciudad es un basural rodeado de villas miseria donde se amontonan los que trabajan en las maquilas, la contaminación es importante, el agua escasa. Hay una población flotante que incrementa la inseguridad cotidiana, y sobretodo una delincuencia multiforme vinculada a la presencia del cartel más poderoso del país (cartel de Juárez). Las drogas duras ya no son sólo a destinación de Estados Unidos, también alimentan un consumo interior cada vez mayor que genera violencia, una enorme cantidad de dinero sucio que necesita ser “blanqueado” a través de una tupida red de cantinas, de establecimientos de juego, de diversión y de prostitución. La corrupción gangrena la sociedad toda, desde el policía raso hasta los políticos más destacados, en el plano local y nacional. Así, es de notoriedad pública que la campaña electoral de Vicente Fox, el penúltimo Presidente, fue subvencionada por los carteles: se comprende pues que, una vez elegido, no se haya mostrado muy dispuesto a combatir el narcotráfico, si no es para salvar las apariencias.

3) Este conjunto de condiciones explica la presencia en esta zona de una población joven muy numerosa, a menudo procedente de los Estados

vecinos, sin recursos, y con un fuerte componente femenino, que viene a buscar un salario y una vida decente en el nuevo El Dorado. Esta población representa la base de la pirámide social, y se encuentra en un estado de gran vulnerabilidad en una región donde no prevalece otra ley que la ley de la selva.

4) La cúspide de la pirámide social se compone de una plutocracia de grandes familias locales y de hombres de negocios transnacionales que mantienen estrechas relaciones de interés con los políticos locales y nacionales, los altos funcionarios de la justicia y de la policía, pero también con los capos de los carteles del narcotráfico. Los intereses creados, la potencia financiera y los medios para defenderla son enormes y es fácil entender que esta plutocracia está dispuesta a cometer cualquier crimen para preservar sus exorbitantes prerrogativas.

5) Así pues cohabitan, en esta zona de contactos, un grupo de predadores y una cuantiosa reserva de presas virtuales. Del lado de las presas, los varones serán sicarios, ejecutores de las tareas más sucias y criminales, atraídos por el dinero fácil, los coches de lujo, las armas y las drogas. Si cometen cualquier tropiezo, los matarán sin vacilar: el reino del terror es el primer imperativo de los grandes predadores. Con las mujeres, las cosas se complican: ellas son a la vez las presas más vulnerables, más despreciadas y más deseadas. Nadie se extrañará que ellas sean obreras explotadas, sirvientas despreciadas o prostitutas violentadas, ya que estamos en una civilización donde el sistema patriarcal, la religión y el machismo ordinario se armonizan perfectamente para ofrecerles esas diversas posibilidades. Pero ¿por qué son también víctimas de crímenes seriales con violencias sexuales y rituales orgiacos inconcebibles? Aquí es donde entramos en las peculiaridades de la zona de contactos.

Una sociedad sin regulaciones

Ciudad Juárez, en tanto zona de contactos, presenta características extremas que hemos evocado brevemente: ninguna de esas características es única, todas se pueden encontrar en otros lugares, pero aquí están exacerbadas y no están mitigadas por ninguna de las regulaciones sociales que funcionan habitualmente. Ésta es la tesis que demuestra claramente la encuesta y la argumentación de Sergio González Rodríguez.

Así, la plutocracia no es exclusividad de esta zona, pero aquí toma la forma de una inextricable maraña de tráfico de drogas, de armas, de influencia, de mujeres, de corrupción, y para mantener y conservar todo esto debe reinar el terror, para que quede claro que esos hombres tienen todos los poderes y pueden permitírselo todo, incluso los crímenes más odiosos y en apariencia gratuitos. La dominación ejercida por esos hombres se

construye según el modelo patriarcal, aunque esté pervertido ya que funciona verticalmente como violencia y no como protección. Se trata, por supuesto, de la dominación de los machos, pero también de la guerra entre los machos, pues cada uno tiene que demostrar que él es el dominante, ya que no tienen otra ley que la ley de la fuerza. La dominación supone la fuerza violenta (por las armas, los mercenarios y los sicarios), la riqueza (con ostentación y sin límites), la influencia (por la corrupción de todas las personas que les pueden ser útiles), y el poder sexual (por la cantidad de mujeres que uno puede comprar y el desprecio con el cual se les trata, haciendo de ellas objetos sexuales deleznable). La puesta en escena del poder sexual es la orgía, en la cual se demuestra que uno puede ensanchar indefinidamente el territorio de la perversión, o sea hasta matar a una víctima con todos los refinamientos de la crueldad.

En una sociedad más o menos equilibrada, existen regulaciones para poner un freno a esas pulsiones, que no podemos ignorar: leyes para proteger a los más vulnerables, una policía para hacerlas respetar, sanciones contra los delincuentes, por ejemplo. Son precisamente estas regulaciones las que no funcionan en Ciudad Juárez, como lo demuestran de sobra las encuestas de los periodistas, sociólogos, criminólogos y las organizaciones internacionales que se han interesado en el caso. Estamos pues en una zona donde no rigen las leyes, donde los que detienen la realidad del poder no conocen ningún límite, y donde los que representan el poder legal no se hacen respetar, sino que se dejan comprar o intimidar. Así lo confirma el caso reciente de la joven mujer que había aceptado el puesto de jefe de la policía de un pueblo de la zona, porque ningún varón se atrevía ya a desempañarlo, y que, bajo la amenaza de muerte contra ella y su familia, tuvo que huir y se refugió en Estados Unidos.

Toda regulación social ha fracasado. Esto evoca para nosotros el *leitmotiv* de los ultra-liberales que quieren a toda costa suprimir cualquier regulación de los mercados financieros y sueñan con una organización del “dejar pasar, dejar hacer”, esto que, en desprecio de toda moral, llaman también “libertad”. Sabemos hacia qué crisis esta ideología ha llevado el mundo. Su equivalente en el dominio social es la zona de contactos de Ciudad Juárez. Podemos preguntarnos si esa zona permanecerá como un enclave de violencia extrema debida a la convergencia de múltiples elementos particularmente siniestros, como fue en Colombia la ciudad de Medellín, la de *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, hoy, según dicen, regenerada gracias a la política inteligente y valiente de un alcalde, o bien si va a funcionar como un modelo monstruoso capaz de difundirse, a la manera de una enfermedad contagiosa, en la totalidad de la sociedad globalizada que sería afectada con más o menos virulencia según las zonas.

Hay que recordar que los “Chicago boys” ultra-liberales habían encontrado un terreno ideal de aplicación de sus peligrosas especulaciones en el Chile de Pinochet, donde produjeron en unos años efectos devastadores a la vez en la economía y en el tejido social. Sin embargo, el “milagro” chileno se difundió no sólo en América Latina, sino también en los Estados Unidos de Ronald Reagan, en el Reino Unido de Margaret Thatcher y, de manera más difusa, en el resto de Europa y del mundo.

Sea lo que fuere, Ciudad Juárez es el síntoma agudo de la evolución de la sociedad globalizada, un modelo de los efectos devastadores de la aplicación salvaje de la de-regulación social, económica y política bajo la influencia de la acumulación masiva de dinero del narcotráfico, y a la explotación de una mano de obra totalmente desprotegida.

Pregunta: ¿a quién benefician los crímenes?

Bibliografía

González Rodríguez, Sergio. *Huesos en el desierto*. Barcelona: Anagrama (2005). (Primera edición, 2002).

Ronquillo, V. *Las muertas de Juárez, crónica de una larga pesadilla*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2004.